

porque aquí os haremos pedazos," y entonces dió voces á todo el pueblo y salió con mucha gritería toda la gente, disparando infinitas flechas.

Visto por Miguel de Ibarra, se fué retirando á media rienda con los pocos soldados que llevaba, hasta que se vió libre de ellos, y se volvió á la ciudad y contó al gobernador lo que pasaba, y habiéndolo oído, le dijo el gobernador lo bien que había hecho en retirarse, que era menester más gente para castigarlos, y que presto habría remedio, porque Juan de Villarreal había vuelto con nuevas que D. Pedro de Alvarado venía y que traía cien soldados, y que estaba entendido estaba ya en el valle de Tonalán y lo esperaba por horas; que Dios había de remediarlo, que estuviesen apercebidos, así para los enemigos como para recibir al adelantado.

### CAPITULO CX.

En que se prosigue el alzamiento y conspiración de los indios, y se trata de la muerte y glorioso martirio del P. Fr. Juan Calero, por otro nombre del Espíritu Santo ó Esperanza, religioso lego.

Año de  
1547.

También tocaron las llamas del alzamiento referido, á los indios de Tequila y los de Ameca, que eran de una lengua, y á ejemplo de los otros, se alzaron y quemaron las iglesias; y en este tiempo había ido á México Fr. Antonio de Cuéllar, guardián del convento de Etzatlán, el cual había ido trabajando mucho en predicar y doctrinar, bautizar y enseñar y traer á nuestra santa fé, los indios de aquellas provincias, teniendo en su compañía al P. Fr. Juan del Espíritu Santo, ó Calero. En espacio de año y medio y con la gracia del Señor trajo muchos pueblos á la obediencia de la iglesia y confesión de la fé, y recogió

muchos indios que estaban desparramados por los montes y quebradas, fundando pueblos al modo de los españoles; y cuando fué á México al capítulo que se celebró, dejó en su lugar á otro sacerdote por vicario ó presidente del convento, y en su compañía al padre.....

.....(1) trabajo de la conversión de los infieles en compañía del santo martir Fr. Francisco Lorenzo, á quien acompañó mucho tiempo, como adelante se verá.

### CAPITULO CXII.

En que se trata cómo habiendo tenido noticia el cacique D. Francisco Pantecatl de la conspiración general de la tierra, volvió á salir de los montes, y de lo que hizo en favor de los españoles.

Año de  
1547.

Ya queda dicho atrás de los muchos agravios que el cacique de Tzapotzínco, D. Francisco Pantecatl, recibió de Nuño de Guzmán siendo bueno y amigo de los españoles, y de cómo se huyó de Tepic y se fué á los montes por verse libre de las tiranías que con él usaron, donde estuvo hasta que supo que Nuño de Guzmán se había ido de una vez para no volver, y entonces bajó á vivir entre sus vasallos con los cuales se regocijó mucho, y habiendo sabido los españoles que estaban en Compostela en Tepic, enviaron dos, de los cuales el uno se llamaba Navarro, y le cogieron y llevaron á Tepic, á donde habiéndole visto los españoles, se alegraron todos mucho y consolaron dándole buenos consejos, diciéndole que tuviese buen ánimo y que no imaginase que le habían de hacer mal alguno, porque le

(1) Aquí hay un claro de dos fojas.

tenían por hijo, y que hiciese cuenta que allí estaban sus padres y que estaba en su tierra, y en particular le dijeron esto los indios tomatecas, y habiendo estado un día y una noche en Tepic, luego se fué á su tierra Tzapotzinco con un español que le dieron para que lo llevase y lo dejase, llamado Rodrigo Simón, habiéndole mandado que hiciese una casa, la cual hizo, y luego se puso á considerar lo que había de ser de él si perseveraba allí, pareciéndole que no le había de suceder bien y que le habían de pedir tantas cosas los españoles, que no pudiendo cumplir con ellas, le viniesen á maltratar, y así se lo dijo á sus vasallos y que él se quería volver á los montes, y que no dijese á donde había ido, y que si preguntasen por él, dijese que quizás se había ido con sus amigos los tecuares; y se fué y no pareció en un año, hasta que se pasaron los españoles al valle de Cactlán, por orden de Cristóbal de Oñate, donde agora es Compostela, que fué el año de 41, que entonces fué á Tepic y se manifestó en el alzamiento general del Mixton, Tequila, Ayahualulco, Etzatlán, Ahuacatlán y Tepuzhuacán contra los españoles, estaba el dicho D. Francisco en los montes. Fué el cacique de Cuiltlapilco á verlo, que se llamaba Colist, y le aconsejó que tratase con los suyos de dar guerra á los españoles de Compostela, que estaban en el valle de Cactlán, y para animarle le dijo que decía su dios se había de abrir la tierra y salir por las aberturas un aire muy amargo y que había de matar todos los que encontrase, y D. Francisco Pantecatí, no solo no le creyó, sino que se río de lo que decía, porque sabía muy bien que se engañaba, por lo que había oído decir á sus antepasados y atrás queda referido, y aunque más le procuró atraer á sí, no pudo ni á los indios de Tepic, porque les aconsejó D. Francisco no lo hiciesen, antes fué con los suyos á ayudar á los españoles á Ahuacatlán, de donde habiendo vuelto fueron á dar guerra al cacique Corinca, de Atztatlán, y habiendo vuelto á su tierra, pasó un español llamado Juan de Villalba por Mecatlán, preguntando por D. Francisco, y envió un indio mexicano á los montes para que le llamase, el cual fué y le dijo: "Juan de Villalba te llama y dice no tengas

miedo, que no te hará daño alguno ni te dará ningún trabajo, porque te quiere mucho; que solo quiere que bajes para que cuides de tus vasallos," y entonces fué á verse con él, el cual se alegró mucho de verle y le dijo: "Señor Pantecatí, ¿qué hacías en los montes? Consuélate, no tengas miedo, estate en tu pueblo, porque nadie te ha de hacer mal, porque yo he quedado en lugar de Cristóbal de Oñate y yo he de cuidar de tí y de los tuyos; no te dé cuidado cosa ninguna, ten buen ánimo," y así como Pantecatí le oyó, se alegró mucho y de allí adelante fué buscando á los indios que andaban desparramados y los fué asentando en sus pueblos, y luego le dijo Juan de Villalba que cuántos pueblos tenía por vasallos, y él le respondió que los pueblos Acualactemba, Mecatlán, Quetzotitlán, Metatitlán, Cacahuatlán, Tecomatlán, Xalxocotlán, Tepehuacán, Tecpatitlán, Sayahuca, Nochistlán, Tzapotzinco y los Tecuares, que todos éstos eran sus vasallos á quien mandaba, y que todos le reconocían por señor y pagaban tributo, á lo cual dijo Juan de Villalba: "Ya sé que es verdad lo que dices, porque todos me lo han dicho en Tepic, y sé que eres gran señor," y con esto se volvió á Cactlán, que es Compostela, dejándole dicho que fuese á verle, y D. Francisco fué y llevó miel y gallinas que presentarle, y entonces le dijo Juan de Villalba que no quería tuviese otro oficio, sino que cuidase de los indios, limpiasen los árboles de cacao en el cacahuatal, y que en algunas partes plantasen otros, y que cortasen los árboles que no fuesen á propósito, y le dijo que se fuese, lo cual hizo de buena voluntad D. Francisco Pantecatí con los suyos, y puso un mayordomo español, el cual duró poco, y envió otro llamado Villegas, y hizo poner en orden todos los árboles de cacao y los que estaban en la quebrada, y pidió siete indios, que dejó en las huertas, y él se volvió á Compostela; y después fué otro español llamado Andrés Pérez, el cual puso todos los árboles de cacao que hay en la quebrada, y porque maltrataba mucho á los indios, fué echado de allí.

Cacahuatal en Compostela.

En este tiempo era cuando los religiosos de N. P. San Francisco andaban cumpliendo su apostólico oficio entre los natu-

rales de aquellas provincias de tierra caliente, á los cuales vió y comunicó el dicho D. Francisco Pantecatl, y admirado de ver las maravillas que obraban, decía: "Verdaderamente que esto es lo que nuestros abuelos y antepasados contaban, y por lo que estos padres dicen, lo echo de ver, porque es lo mismo que ellos nos enseñaban, diciendo que hay un solo Dios verdadero, el cual creó todo lo visible y invisible y que tuvo madre en la tierra, de la cual nació y está en los cielos, y cómo hay infierno para castigo de los malos y gloria y paraíso para premio de los buenos;" y esto mismo solía contar un viejo llamado Torotzacame, el cual contaba que había estado en el cielo, donde vió lo que queda dicho, y el gozo que tenían en él, y también había estado en él infierno y vió los tormentos que padecían los condenados (esto debió de ser alguna visión por disposición divina, en que se le manifestó para que lo publicase, porque conforma con los oráculos que tuvieron y avisos de la venida de los españoles); y como vía este Pantecatl que aquellas mismas cosas que había oído contar á sus mayores iban ya sucediendo y las predicaban los padres, fué grande la estimación en que los tuvo y mucho lo que los reverenciaba D. Francisco Pantecatl.

Decía más en su relación, que no supieron si el que les decía estas cosas era algún hechicero ó si era alguna persona bajada del cielo, porque fuera de lo dicho, les declaró ser pecado muchas cosas que no las tenían por tal, como son quitar la mujer al prójimo, la hechicería y otras cosas semejantes á estas, y decíales: "Hijos míos, animaos, que ya me quiero ir y os quiero dejar, pues ha mucho tiempo que estoy entre vosotros, porque me llama aquel Señor que está en el cielo; consolaos mucho, que ya las cosas han de pasar de otra suerte de lo que han pasado hasta aquí; han venido los que os han de señorear y han de ser dueños de estas tierras," y mientras estuvo entre ellos, siempre era esta su plática, y siempre se lo decía. Viendo, pues, D. Francisco Pantecatl que iba sucediendo todo lo que habían oído, con facilidad él y los suyos recibían la doctrina que los religiosos con tanto cuidado les enseñaban, y más

viéndolos tan desinteresados, tan pobres, tan mansos, tan humildes, caritativos y compasivos con ellos; al revés de los otros españoles, que les habían sojuzgado y hecho tan malos tratamientos como quedan referidos, y que si no fuera por los religiosos, hubieran hecho muchas mayores maldades, y no hubiera quedado ningún indio.

### CAPITULO CXIII.

En que se trata cómo el adelantado D. Pedro de Alvarado llegó á la ciudad de Guadalajara con sus soldados, y de algunas cosas que fueron sucediendo.

Año de  
1541.

Ya queda visto el valeroso ánimo y buena voluntad con que el adelantado D. Pedro de Alvarado procuró acudir al socorro de los españoles del nuevo reino de la Galicia contra la conspiración general de los indios, para cuya prevención dejó presidados los dichos puestos, y cómo llegó al Río Grande y allí le acudieron los indios caciques de Tonalán y Tlaxomulco con gente de guerra para asistirle y pasar los soldados de su campo, por haberles conservado el P. Fr. Antonio de Segovia, con sus pláticas, en la amistad de los españoles y doctrina cristiana que les había enseñado, que fué harto bien del reino tenerlos siempre por amigos allí, pues los caciques y señores del valle de Tonalán, le recibieron muy bien y dieron lo necesario. Preguntóles el adelantado D. Pedro de Alvarado si eran también ellos de los alzados, porque él venía á socorrer á los españoles y á vengarlos de las matanzas que habían hecho en ellos, á que respondieron que nunca ellos tal intento tuvieron, que los caxcanes eran los alzados, y que ellos siempre habían defendido á los españoles, y que por haberlo hecho así,

en lo del Mixton les habían muerto cantidad de gente con los españoles que allí murieron; á que les replicó el adelantado aconsejándoles estuviesen firmes en tener lealtad á los españoles, porque si no lo hacían así, él los castigaría muy bien, y ellos le prometieron guardarles lealtad y socorrerles en todo en sus tierras siempre; y habiendo oído estas razones el adelantado, se alegró mucho y les mandó dar algunos géneros de ropa de la de los españoles, con que quedaron muy amigos; luego les pidió le diesen indios y gente para pasar el Río Grande y Barranca para ir á la ciudad de Guadalajara, que estaba de la otra parte, y ya había dado aviso al gobernador Cristóbal de Oñate de su llegada desde el Río Grande, donde se junta otro río que llaman Temacapuli, que viene desde Tzacatecas, y habiendo sabido el gobernador Oñate de su llegada, envió gente y españoles, y al capitán Juan del Camino para que le fuesen á dar el parabién de su venida y le viniesen sirviendo; y habiendo llegado Juan del Camino al río con todo el regalo posible, halló al adelantado pasándole, que iba grande por ser tiempo de aguas, y así que pasó Juan del Camino, le besó las manos de su parte y del gobernador, y le recibió el adelantado muy gustoso, y más cuando supo estaban vivos los de la ciudad, porque según se había dicho, entendió eran muertos todos, y así venía á la lijera con sus cien españoles á socorrerlos y á acudir á la necesidad presente, y que más gente dejaba en las fronteras de doscientos soldados, para si fuesen necesarios en algún tiempo, y que él daba palabra de no desamparar el reino hasta dejarlo pacífico ó perder la vida, pues Dios le había guardado para aquella ocasión, y llevando otra derrota por la mar, sin pensarlo aportar á donde se hallaba, y que él daba gracias á Dios por aquella ventura, pues le traía para remediar tanta necesidad, lo cual era mucha ganancia para él, así por el mérito que tendría ante Dios, como para S. M. el emperador Carlos V, cuyo capitán era.

Luego que el adelantado pasó el río, fué marchando á la ciudad, que estaba á tres leguas de allí, y á media legua antes de llegar á ella, encontró al capitán y gobernador Cristóbal de

Oñate, que le salía á recibir con los pocos españoles que en la ciudad había, y habiendo llegado, el adelantado y gobernador se abrazaron y se saludaron como personas tales, y quedándose un poco atrás ambos, cada uno fué tratando de sus causas, muy contentos de verse juntos en tal ocasión dos capitanes, los más famosos que había habido en la Nueva España desde que la entró á ganar el marqués del Valle, y habiendo llegado á la ciudad, llevaron al adelantado D. Pedro de Alvarado á las casas del capitán Juan del Camino, que estaba casado con una señora deudora del adelantado, llamada Magdalena de Alvarado. Allí fué hospedado y regalado de toda la villa, que con su entrada y gente se les había aliviado la pena de la ruina que esperaban, teniendo por cierto que con aquel socorro se allanaría todo; y habiendo descansado allí algún tiempo, el gobernador Cristóbal de Oñate se juntó con el adelantado y se trató de la guerra y de los sucesos pasados, y cuan encendidas iban las cosas del reino en guerras y rebeliones, y habiendo oído el adelantado las cosas pasadas y visto las presentes y en cuán mala parte estaba fundada la ciudad, dijo: "Señor gobernador, á mí me parece que no se dilate el castigo de esos traidores enemigos, que es vergüenza que cuatro indios gatillos hayan dado tanto tronido; que con menos gente que la que conmigo traigo, bastará á sujetarlos, porque he arruinado muchas máquinas de enemigos, y es mengua que para éstos sea menester más socorro; no hay que esperar más." Había llegado á la ciudad á 12 de junio del año de 1541, y cómo tenía probada sus fuerzas con indios mexicanos de Guatemala y otras provincias, parecióle mengua del valor español, aguardar la fuerza del ejército que se juntaba por el virrey, á quien Cristóbal de Oñate había dado aviso, y así le pareció ganar para sí la gloria y triunfo sin aguardar socorro, sin podérselo estorbár los capitanes y vecinos de la ciudad de Guadalajara, ni personas graves que en su compañía traía, como eran D. Luis de Castilla y Juan Mendez de Sotomayor; antes les dijo: "Yo me determino á salir de esta ciudad para el día del Señor Santiago, solo con mi gente, sin que vaya á la guerra ningún vecino ni

soldado de ella; quédense con el señor gobernador, que yo basto con ella para allanarlo todo; porque ¿qué gente es esta para temerla? Porque la causa de estar los indios tan victoriosos y atrevidos, ha sido el poco ánimo que han tenido los españoles en los reencuentros." Dió pena al gobernador Cristóbal de Oñate de oír semejantes palabras y blasones al adelantado, y de ver cuán engañado estaba él y su gente en lo que decían, porque el más mínimo de los vecinos y soldados que la ciudad tenía, era más valeroso que los que el adelantado traía, porque eran bisonos, y así el gobernador Oñate le dijo: "Señor adelantado, no hay que tratar de eso; todos hacen el deber en su causa; V. S. no conoce la tierra, que es áspera, y vale más un indio de los de por acá, que mil de los que por allá se han conquistado; y en lo que toca á los soldados, los de acá son bonísimos (no quiero tratar de los que V. S. trae). Dice que con brevedad quiere allanar la tierra, pero para allanarla dese orden de lo que se ha de hacer, y vamos, que yo deseo harto la brevedad; pero repare V. S. en que son las aguas, y la mayor fuerza de ellas, y hay pantanos, y no sé lo que será; espere V. S. á San Miguel, que entonces cesarán las aguas." A que respondió el adelantado que había de ir, que así convenía para concluir aquella empresa y luego embarcarse para su viaje, y que cuatro días bastaban para allanar la tierra, que todo era burlería; hubo demandas y respuestas sobre el caso, y al fin salió determinado que el adelantado fuese con su gente, y no otro ninguno de los de la ciudad, y ya determinado á salir para ir al peñol de Nochistlán, le dijo el gobernador: "Señor adelantado, mucho me pesa dejar ir á V. S. solo; yo prometo á V. S. que se ha de ver en trabajos, porque es el tiempo lodoso y los indios malos y soberbios; no suceda algún caso extraño; espérese socorro de México, y todos juntos en buen tiempo haremos la pacificación llana y sin riesgo."

Recibió tanta pena y enojo el adelantado, que no curó de razones y respondió con decir: "Ya está la suerte echada; yo me encomiendo á Dios." Despidióse de todos y tomó su camino para ir al Peñol y pueblo de Nochistlán, animando su

gente y diciéndoles hiciesen el deber, y que no les estaba bien llevar de los de la ciudad, y todos blasonaron que haría cada uno más que el Cid y Roldán; y después que se fueron, temiéndose el gobernador Cristóbal de Oñate de la ruina en que habían de parar, por el mal gobierno que vido y conocerlo todo, mandó luego aderezar veinticinco hombres de á caballo y él con ellos, y dejando el recaudo que le pareció necesario en la ciudad, comenzó á caminar por lo alto de Xuchitlán y las montañas de Nochistlán, y se fué á poner en frente del Peñol, en lo alto, para desde allí avisar y ver en lo que paraba, y así llegó al puesto, que era en una mesa alta, redonda, donde la ciudad solía estar cuando se fundó la primera vez, porque desde allí se veía muy bien el combate del Peñol, sin que fuesen sentidos de los del adelantado.

#### CAPITULO CXIV.

En que se trata cómo llegó el adelantado D. Pedro de Alvarado con su gente al Peñol de Nochistlán y Mixton, y de su desgraciada muerte.

Año de  
1541.

Llegó D. Pedro de Alvarado á reconocer la entrada para entrar en el pueblo y Peñol de Nochistlán, y hallóla cerrada con siete albarradas muy fuertes, y queriéndola entrar, salieron á defenderlas más de diez mil indios y sus mujeres, y con flechas, dardos y piedras, resistieron y pelearon con tanta fuerza y ferocidad, que al primer encuentro quitaron la vida á veinte españoles, y al instante los hicieron pedazos y echaron por el aire sus cuerpos, retirando algo á D. Pedro de Alvarado y á su gente, el cual volvió á acometer á las albarradas y le mataron otros diez, sin que lo pudiese remediar; y viéndolo que por-